



DOBLEXY

G. Zahira Bayas G.

DOBLEXY



Primera edición: abril de 2020

© Comunicación y publicaciones Caudal, S. L.

© G. Zahira Bayas G.

ISBN: 978-84-18250-24-8

ISBN digital: 978-84-18250-25-5

Depósito legal: M-9265-2020

Editorial Adarve

c/ Ros de Olano 5

28002 Madrid

info@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*Dedicado a mi padre y a mi familia,
por todo su apoyo incondicional*

I

Sin embargo, lo puro no se cuenta, ya que en el silencio y aburrimiento se sella dejando las ganas de impacto.

En estos años que pasan tan irrecuperables hay un momento especial y esperado, y este había llegado: el decimonoveno cumpleaños del segundo hijo de una de las familias más poderosas y ricas sobre la Tierra se realizaba esa misma tarde.

Faltaban pocas horas para celebrar el cumpleaños, y el festejado que habría de apagar las velas desapareció sin dejar rastro. Los empleados y «amigos» de este lo buscaban por todos lados; buscaron por la gran mansión, lugares próximos a la vivienda y sitios que solía frecuentar. Moviendo cielo y tierra para poder encontrarlo, pero todo era en vano: el joven no se encontraba por ningún lugar.

Todos se esforzaban en lo máximo por encontrarlo y recibir una paga extra a quien diera noticias del joven; sin embargo, este era muy escurridizo. Nadie imaginaba que se encontraba a varios kilómetros de distancia, y que la realización de su fuga fue la noche anterior.

Se percataron de su ausencia al momento de ir por él, y, al saberlo su padre, el señor Serra (dueño de una gran cadena de empresas que distribuía coches de alta gama, entre otros desconocidos) dio un grito al cielo, dejando ver en su facción su ira y preocupación por la osadía de uno de sus vástagos.

Al contrario, Lían, como se llama el prófugo o desaparecido como pensaban en su casa, se encontraba en un hogar grato dando gracias a la anciana que le permitía estar allí en ese día. El adolescente disfrutaba de un relajante día al otro lado de la ciudad en compañía de una señora mayor a la que conocía de años atrás, y a la que quería como una abuela.

—No hay de qué —respondió sonriente la amable anciana mientras le extendía una taza de té—. ¿De qué te ocultas esta vez?

—De nada —tomó aire—. En estos momentos se celebra una fiesta en mi casa donde se reunirán solo personas envidiosas sin nada que hacer y con mucho interés económico.

—Deberías sentirte orgulloso de estar rodeado por gente que se acuerde de ti en esta fecha tan señalada, como tu padre y tu hermano —le recalcó la anciana—. En estas fechas hay que celebrar y no vivir como otros, de los cuales se han olvidado. No muchos pueden cumplir tu edad, y tampoco se puede volver atrás. ¿No es eso motivo de alegría? Es tu cumpleaños, después de todo.

—No me interesa, y ante todo lo ocurrido me agrada estar contigo —contestó Lían con sonrisa forzada.

—Es un alago de tu parte, a mí también me alegra tenerte aquí —dijo la señora sintiéndose, al igual que él, halagada y muy contenta.

Una de las pocas personas que le querían honestamente había sido su madre, a la que no veía desde hacía ya nueve años, y que, por desgracia, cuyo rostro no recordaba; y a la señora que iba a ver en su tiempo libre, excepcionando a su tía Cintia. Los demás no eran más que viles interesados por la fortuna que poseía su familia a causa del egoísmo de su padre y sus negocios por todo el mundo. A su hermano y tutor legal tampoco les interesaba su estado; lo buscaban en temas de necesidad o queriendo algo a cambio.

—Lían, ¿te puedo preguntar algo?

—Claro —respondió—, pero no me preguntes nada sobre hoy, me hace acordar algo que quisiera olvidar —dejó el vaso sobre la mesita de enfrente suyo y bajó la mirada hacia el suelo, observando sus zapatos deportivos ya bastante desgastados por el uso.

—Si tanto dinero tienes, ¿por qué sigues usando esos zapatos tan viejos? ¿No sería mejor ya tirarlos a la basura? Sé que no soy quien para decirlo, no vivo en un palacio, claro está...

Su casa era bastante pobre a diferencia de la de él, pero se veía bien. La decoración no era excesiva, para destacar, pero era un lugar acogedor y cálido, algo que el joven buscaba varias veces y a su suerte se encontraba con la señora. En ese lugar se sentía protegido e independiente.

—Los zapatos son un recuerdo —decidió suprimir detalles y alzó la vista—. Te digo algo: el poco o mucho dinero que tengo por mi cuenta es mío gracias a mi esfuerzo, el resto es de ganancia ajena —concluyó con un tono serio.

Serena, un poco crispada, le pidió disculpas «no quería ofenderte, hijo», rellenando nuevamente la taza de té de ambos.

—Pero deberías ir acostumbrándote a tu forma de vida, que es la que tienes; ya eres mayor. Siempre me has hablado de los planes de tu padre sobre dejarte toda su fortuna a ti.

Mas a Lían esa idea del padre le valía poco.

—Pero yo no pienso aceptarlo —al momento le sonó su celular con la llamada de Serra, e ignorándolo, preguntó—: ¿está aquí mi tía?

—Esa borracha ya no vive conmigo —dijo molesta, y continuó—; ya sabes cómo es. Un día está en un lugar, y al día siguiente está en otro. No está quieta. Pero mejor que se haya ido, ya no la aguantaba.

—Total, es inquieta y alcohólica, pero, ¿sabes a dónde se fue?

—No exactamente. Ya mañana o algún otro día estará nuevamente de regreso. Lían, por aprecio te aconsejo; trata de no juntarte con esa clase de gente.

Ambos decidieron esquivar el tema. Su tía postiza y gran apoyo era un gran asunto entre los dos, a la vez que peligroso. Rieron contándose novedades desde la última vez de su visita e historias que se les ocurrían al momen-

to, y durante un pequeño momento consiguió olvidarse de su vida, hasta que nuevamente entró una llamada en su celular, pero esta vez de su hermano, irrumpiendo en la conversación.

No contestó. Seguramente era para localizarlo por medio del mismo, ya que tenía un localizador incorporado que se activaba al contestar. Los avances de esas fechas eran muy molestos para un plan perfecto.

Era un teléfono distinto al que tenía toda su familia; ese en pocas palabras, era personal.

No pensaba en regresar en ningún momento, ni tampoco en estar rodeado de gente desconocida y amigos que, más por interesarse por él, se interesaban en lo que podían ganar.

El día prometía un grave castigo para el adolescente: así iba a ser, no había otro pensamiento posible. A la mañana siguiente se despidió —quejándose muy para sus adentros por tener que volver— de la anciana con un beso en la frente, y decidió coger un taxi en la esquina de la manzana para ir en dirección a su casa.

Nadie se acercaba por prejuicios a él, y al igual el taxista dudó un momento en recogerlo; sin embargo, lo aceptó. Sus pintas no eran muy confiables después de todo: una gorra oscura cubría parte de su rostro, una bufanda que a la vez cubría su boca, una chaqueta hasta las rodillas de color negro junto con una camiseta de cuello largo gris y vaqueros negros que complementaban un *look* un tanto escalofriante y que daba que pensar a los

que lo veían. «Seguro piensan que soy un ratero —pensó—; que yo sepa los Ángeles Negros se visten con ropa deportiva».

—¿Hacia dónde, muchacho? —preguntó el taxista cuando subió.

El joven le dio la dirección al taxista, poniéndose en marcha. Tenía suerte de que la señora viviera lejos, agradecía mucho la distancia.

En el trayecto este pensaba seriamente en la posibilidad de no volver a su «hogar». ¿Cómo habría sido la fiesta de cumpleaños sin su invitado principal?, ¿Sería incómodo para los invitados? Sin su presencia en el momento de soplar las velas: ¿quién las soplaría? Pero... ¿realmente lo habrán hecho? Qué tontería más infantil.

También se imaginaba ver las caras de todos los amigos y compañeros de bachillerato que no le apreciaban por su personalidad sino por su dinero; borrachos, llenándose todos de comida y bebidas alcohólicas, haciendo quién sabe qué cuando llegaban a su límite. Los amigos de su padre también irían a hacer la pelota, y por último los amigos que se unirían a la fiesta serían los de su hermano.

Este, echándose a reír en el asiento trasero a ignorancia del taxista, imaginó todo de una manera un tanto ridícula.

«¿Para qué invitaría a esos tipos, si ni siquiera los conozco? —pensó—. ¿Para hacer relleno?».

—Me alegro de no haber estado —dijo muy bajo, con cierta gracia de su creatividad, apoyándose contra la ven-

tana—. Aunque debió haber sido divertido verlo con mis propios ojos.

En un momento, el taxista, viéndolo por el retrovisor, irrumpió en los pensamientos del joven aconsejándole cambiar su forma de vestir; que no era buena esa elección para esos lugares, ya que con esas pintas le podrían confundir con una de esas pandillas tan peligrosas que hay por esos rincones.

Lían, al oír dicho comentario, le respondió tranquilamente.

—Dudo que ellos se vistan de estas maneras —aflojó un poco su bufanda por el calor que le estaba provocando dentro del auto, añadiendo al instante—: para poder realizar su trabajo a la perfección necesitaran ropas cómodas. Este atuendo es una gran molestia a la hora de correr o saltar.

—No se lo puedo afirmar —bajó la ventanilla a su izquierda—. Yo solo soy un simple taxista. No estoy metido en esos mundos del robo indiscriminado, tráfico y asesinato.

—Me bajo aquí —el transporte se detuvo—. Gracias —Lían pago el coste del viaje hasta ese momento y cerró con fuerza la puerta.

—No hay de qué. ¡Cuidate, muchacho!

—Como si le importara mi bienestar —murmuró mientras el automóvil desaparecía en la distancia.

Caminó hacia un parque cercano ya muy conocido para él. Un lugar que había visitado varias veces, y se sentó en un banco de madera frente a un lago que se en-

contraba entre varios robles con sus hojas café cayendo lentamente con el viento sobre el agua oscura y llena de basura en las orillas. No era la primera vez que iba ahí para pasar el rato, ni tampoco sería la última.

Los pensamientos de Lían no se acababan nunca, ya que siempre que visitaba algún lugar tenía recuerdos, y ese momento era uno de ellos. El parque era uno de los lugares donde su madre lo había llevado algunas veces, un lugar donde las flores se movían de un lado a otro delicadamente con sus vivos colores llenando el lugar de un ambiente cálido junto con un lago cristalino.

Aquel sitio ahora se mostraba como un lugar frío y vacío.

«Poder acordarme de la apariencia que tenía aquellos días en los que venía con mi madre son gratos —esos tiempos le producían tristeza—, y por hoy casi no puedo ya ni acordarme de la imagen de mi propia madre».

Quería llorar, pero mantuvo la compostura en este lugar casi solitario. Sería fácil evadir a los empleados de su padre, e incluso a su hermano, que aún lo seguirían buscando. Llegar a su habitación sin que nadie se diera cuenta. Otra vez esos sentimientos; sus ganas de volver eran nulas o casi inexistentes. En consecuencia a su fuga, sabía que tenía que tener paciencia y fuerza para soportar su castigo, oír a su padre enfadado, y más aún, las críticas de su propio hermano.

Lían se encontraba sumergido en su abismal mente cuando alguien le irrumpió:

—¡Hey, príncipe!

—Hola Aize —reconoció la voz.

—¿Cómo puede tu hermosa presencia estar en un lugar como este? —le dijo ella, alegre al verle, mientras le arrebatava la gorra y se sentaba a su lado—. Con tu estatus de niño pijo y engréido deberías irte a un restaurante de lujo, un lugar de máxima riqueza para gente con dinero para aburrir; no tendrías que estar en un lugar repulsivo como este parque.

—Hoy estaba lleno y no tenían una mesa para mí —dijo, destapando su boca con una mano de la bufanda que la cubría y mostró una sonrisa de alegría pura que muy pocas veces sabía mostrar.

—Con el dinero todo se puede, ¿no?

Aize era una joven humilde y extrovertida que vivía al día junto sus dos padres y dos hermanos mayores. Su cabello largo se movía con el viento, y sus ojos oscuros brillaban por el reflejo de la poca luz que proporcionaba el entorno. Era morena y de baja estatura, pero con mucho carácter y una alegría que contagiaba a los de su alrededor.

Su compañía provocó un sentimiento de alivio para el «príncipe», como lo llamaba, y que reflejaba la amistad sin importar su ubicación en la jerarquía. Algo muy raro, ya que tu posición económica dictaba el comportamiento de la gente hacia ti.

Sabiendo la importancia del día anterior para él, de manera rápida le deseo un feliz cumpleaños atrasado a Lían.

—Gracias Aize, me alegro de poder verte hoy —volteó la mirada, apoyándose en el espaldar del banco en el cual estaba sentado—. Como sé que siempre andas por aquí, quería verte un momento.

—Cada vez que necesites que te transmita mi aura de alegría, me puedes encontrar aquí. Ya lo sabes.

—Eso espero. ¿Cómo adivinaste que era yo?

—Por intuición, tal vez. Pocos son como tú —miró el cielo nublado—. Mis hermanos te mandan saludos y felicitaciones.

—El agua está muy sucia desde la última vez que vine —por un instante ignoró a Aize—. ¿No crees que las personas se deberían interesar más por el medio ambiente? Es un regalo tener un sitio como este para poder despejar nuestras mentes. De seguro ya no hay peces; con toda la basura me sorprendería que hubiera.

—El problema no es si se interesan en estos asuntos, el problema es que las personas sigan tirando aquí sus desperdicios como manera de deshacerse de sus cargas —miró al lago y cómo el viento movía las bolsas plásticas—. Yo soy una de esas personas que se preocupa por el ambiente que nos rodea, sin embargo, no puedo limpiarlo sola, ni tampoco pasar 24 horas al día cuidándolo de idiotas que quieran hacer de las suyas —pausó un momento—. Peces hay; no muchos, pero hay.

—Si lo dices tú, te creo.

Sin darse cuenta, el lugar estaba lleno de palomas que comían los restos de comida derramada a las orillas del estanque. Tanto adultos como niños que pasaban por el

lugar sin percatarse de ellos, ni tampoco le daban la más mínima importancia a la apariencia del parque, probablemente por su ubicación.

Lían era un joven distinto a como le había criado su padre. No era el mayor ni el menor; por parte de muchas amantes de su padre tenía varios hermanos, pero no conocía a ninguno. A todos ellos se les prohibió cortantemente cualquier relación con los dos hijos legítimos que tenía Serrá con su esposa por protección y por mantener ocultas sus infidelidades.

De nada valieron sus esfuerzos; de todas formas la verdad siempre sale a la luz, y todas sus faltas tendrían consecuencias. Es difícil ocultarlo con tanto aire que circula en el mundo.

Serrá siempre le contaba solo a Lían desde niño de su patrimonio, y lo que heredaría cuando creciera y él muriera. Lo decía como si fuera un hecho, como si predijera el futuro de su hijo solo con parpadear.

Zaro —el primer heredero— había quedado de lado para estos asuntos. Él nunca terminaba algo, o casi nunca aparecía por las juntas de la empresa o de negocios por pereza, olvido o algún otro asunto (era un milagro que terminara su carrera de administrador). No le importaba en lo más mínimo esos quehaceres, ya que su total interés era solo para las mujeres. Lían imaginaba que lo mujeriego venía de su padre, pero no lo podía asegurar; su madre también tenía esa misma manía de su esposo, según el cotilleo de sus empleados.

Zaro tenía suerte con la mayoría de mujeres que se le cruzaban por su camino; siempre caían a sus encantos de engreído rico de 27 años. Tenía cabello negro lacio corto, tez morena, ojos color avellana claro y una altura de metro setenta y dos con un cuerpo delgado pero fuerte —en resumidas cuentas: un romeo—, pero sobre todo, por el dinero que tenía a donación de su padre.

Las pocas mujeres que no le hacían caso merecían mucho respeto por parte de él, las que caían a la primera o a la séptima las usaba un momento como ellas hacían con él. Aun así, no dejaba esa mala costumbre de estar con cada cual, una peor que la otra; necesitaba saciar la falta que en él yacía.

Por el contrario, Lían no se quedaba a la sombra de nadie: de ojos azul cielo grisáceo como su madre, piel blanca —debido a que casi nunca salía de casa por el día—, cabello ligeramente largo peinado a un lado con un color negro tan oscuro como el carbón, tanto que parecía de color artificial (un príncipe perfecto).

Su afición por la lectura era más que un pasatiempo, ya que le tomaba mucho de su tiempo. Al contrario de su hermano, tenía poco interés por el juego con mujeres; para él eran más importantes otras cosas. De cualquier modo, él ya tenía a la mujer indicada para pasar sus días, en lo cual era mejor que nadie se enterara.

—¡Así que aquí se encontraba! ¡No sabe la alegría que me da! —exclamó el guardaespaldas de su padre, Umeo—. Señorito Serrá, ¿se encuentra bien?

Este, sin saber en ese momento cómo lo habían encontrado, quedó callado. Hubo un silencio largo. Umeo,

el guardaespaldas, siendo cordial, saludó no solo a Lían, sino también a la joven que le acompañaba.

—Buenos días —Aize, levantándose, extendió su mano—. Encantada.

El guardaespaldas apartó la mano de la joven y la miró de arriba a abajo. «Inofensiva —pensó—, bastante linda, la verdad».

—¿Se puede saber qué haces? —preguntó Lían colocándose delante de la joven—, ¿cómo es que me encontraste?

—Señorito Serrá —alzó el cuello de su chaqueta para cubrirse del frío— hago mi trabajo, usted absténgase de juntarse con gente de otra clase social, y también de andar por estos lados.

—Tú no eres quién para decidir con quién debo estar. Si te hiciera caso, de igual modo no me debería ir contigo —Lían le recordó su puesto de trabajador, usando sus propias palabras en su contra. Él era de otra «categoría», y su grupo social dependía exclusivamente a elección del círculo contrario.

«Seguramente Zaro le habló de este lugar —pensó Lían—; cuánta confidencialidad».

Lían decidió irse con aquel hombre intimidante de gran anatomía y dejar las cosas tranquilas. El ambiente se puso tenso y llamaba a los problemas. No solo Aize se encontraba mal con la presencia de ese hombre de traje negro; todas las personas de alrededor se alejaban despacio al verlo, y, con las pocas que había por el lugar, todo quedó totalmente vacío. Era bastante vergonzoso

ser tratado como un mocoso que necesita a alguien que lo cuide enfrente de sus amistades; pero lo peor y más vergonzoso era ser tratado así delante de su amiga Aize y de desconocidos transeúntes.

—Nos vemos otro día, Aize —se despidió con una sonrisa forzada nuevamente—. Le das un saludo de mi parte a tus padres y a tus hermanos, y les dices que me gustaría verlos algún día.

La joven permanecía congelada en su sitio y asintió con la cabeza. El encuentro duró muy muy poco, lo suficiente para verse y hablar ligeramente de ellos. Aize sabía que la diferencia de rango era algo que los separaba y por mucho. Una amistad así lo llevaría a varios malentendidos, y sobre todo a muchos comentarios ofensivos hacia los dos.

Ella se perdía fácilmente entre reflexiones absurdas que no valían nada ante su amigo, y que tampoco debieran valer nada para ella, pero bien sabían los dos que aquello era cierto. Entendían sus diferencias.

—Disculpa chica —una mano fría le tocó el hombro—. ¿Esto es tuyo?

Agarró el pañuelo que se le cayó en un descuido, y agradeció a aquella mujer misteriosa. Su mente seguía en aquel momento en el que se sintió intimidada por aquel personaje, y estar con alguien de manera equivocada dictada por la sociedad. Su rara amistad no le traería más que problemas.

Ricos y pobres no podían tener una relación que no sea de jefe a criado: la pirámide de poder era muy clara con una separación muy bien marcada. La gente del alto

escalón se centraba en la zona norte de la ciudad con sus mansiones, piscinas, coches, etc. Es decir, con sus grandes lujos.

Por el contrario, la gente de la otra zona, en la baja del polígono, vivían al sur: sus viviendas eran modestas y humildes —algunas, muy pocas—. La gente en este sitio también arrendaba apartamentos en el mejor caso; en el peor caso vivían en casas viejas que se caían a cachos, las cuales estaban situadas en los suburbios más peligrosos de la ciudad. La mayoría de la población se encontraba en este lugar, catalogándolos como miserables, como lo peor de la sociedad.

—¿Te puedo comentar algo? —en el parque solo quedaban las dos mujeres, y una de ellas, Aize, sintió un escalofrío por su espalda—. No te preocupes, no te haré nada, nada de nada —intentó tranquilizarla la desconocida.

Aize, con nerviosismo por aquella mujer, le tartamudeo que tenía prisa, y dando media vuelta, sin darse cuenta, la desconocida le agarró de su muñeca. Aize temblaba, de alguna manera aquella persona transmitía una sensación que imponía terror.

Pero supo sobreponerse a tal situación y se calmó. Puso total atención en dicha mujer, y observó que en su antebrazo había marcado un tatuaje negro con una rosa roja que envolvía con su tallo la muñeca de esta. Supo quién era y a qué pandilla hacía referencia esa marca; era una integrante de una de las pandillas más peligrosas del sector que existía en ese momento.

—¿Sabes qué, niña? Eres muy linda —le soltó.